

Jirones en verso

José Bayón Garcinuño



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

Para el lector, si lo hubiera, porque el poema es suyo, si lo quiere.

Sobre el autor

Toda la vida escribiendo para llegar a ser una
soledad tardía.

índice

No siempre

Despedida

La Luna Llena

Piedra loca es la Luna.

Paloma

Quiero

Un día de estos

Estatua para una diosa

Lágrimas de nube

En blanco

Por la noche

Paseo por la Alameda

TIEMPO NEGRO - I

Ya para nadie

LA BALA

ENTRE PLIEGUES

Treinta de febrero (30/02)

No siempre

Que no siempre es un verso
el que nos mata,
que también puede
una rosa en un pañuelo
o un sueño en una mirada.

Que no siempre es el tiempo
lo perdido,
que pueden ser unos labios
en una almohada,
o pájaros y niños.

Que no sólo es la muerte
quien nos ama,
que puede entrar un corazón
en la amapola,
o rosales en los pechos más marchitos.

Despedida

La despedimos
desde el tiempo
del silencio y el olvido.

Salimos de una piedra de molino
con el alma de granito.

Nos embutimos en un coche blanco hueso
con el maletero lleno de llantos y penas.

Desembarcamos como la noche
en la falda oscura de un hospital.

Llegamos como soldados rasos sin nadie al mando,
hondeando el fondo del Mar de la Pena Negra
con anclas oxidadas,
ondeando al aire nuestras banderas
y los crespones negros
de borracho en barra.

La dijimos adiós
sin una flor
en los bolsillos.

Vacíos de sol
todos nos fuimos
con ninguna flor.

La Luna Llena

La Luna Llena
recorta mi sombra
con bordes de asfalto.

La Luna Llena
retoza,
recuerda,
se pone tierna.

La Luna Llena
me sube,
me besa,
me baja,
me deja.

La Luna Llena
me paga mi canto
con sombras de flecha.

Piedra loca es la Luna.

Maldita piedra loca
que manejas los mares a tu antojo,
que manejas los líquidos que somos,
que mandas en las aguas que nos forman.

Maldita piedra loca
que sacas de las rocas
espuma blanca,
y de los ojos del hombre,
la sagrada lágrima.

Pedrusco ciego,
corazón de piedra,
alma endurecida
por pisadas de astronauta.

Maldita piedra loca,
espejo del Sol y la Noche,
deja de robarme
los cuerpos que amo,
para de quitarme los labios
que besan mis labios.

Paloma

Yo quisiera ser paloma
y tener cuatro linternas
por corona.

Paloma blanca
que se enrojece
con la metralla del sol
que se atardece.

Paloma roja
que regala sangre a los trigos
y color al alma,
cuando vuela el aire.

Paloma negra
que riega el cielo de soledad,
cuando se para y canta.

Quisiera ser paloma de vuelo blanco,
con sueños de luna roja,
nadando las plumas negras
de tus ojos.

Quiero

Quiero tus besos
como bocanada de aire
venida de lejos.

Quiero tu luz
como estrella lejana,
saliendo de dentro
de tus bellos ojos,
de tu lindo cuerpo.

Quiero tus palabras
como arroyo que salta
y va ganando agua,
poco a poco,
en su silencio.

Y a tí te quiero,
como no sé cuánto,
como no lo entiendo.

Un día de estos

Un día de estos vendrás a buscarme,
como siempre,
para curarte el alma
con la sangre de mis labios.

No estaré en mis besos.
Estaré más lejos,
un poco más lejos.

Buscaras mis manos
para que anden tu piel,
en busca de los caminos de tus sueños
por las coordenadas de tus susurros.
Recordarás la magia de las caricias
que abrían de par en par
la carne de tu cuerpo.

No estaré en mis dedos.
Estaré más lejos,
un poco más lejos.

Andarás por las sombras
que ha dejado mi cuerpo
contra las paredes,
sobre el suelo.
Sólo encontrarás letras.
"Me he ido a buscar mis sueños,
detrás del muro.
Allí te espero,
si es que los encuentro.
Siempre tuyos,
si es que queda alguno".

Estatua para una diosa

Toda la tribu estaba de acuerdo,
había que hacer un monumento
a la diosa madre
que nos mantenía vivos
entre la tierra y el aire.

Primero el cuerpo:
la diosa tendrá su ser como montaña,
será visible en toda la llanura,
desde el límite de las aguas,
hasta dentro de las almas.

Ahora, la voz y la palabra:
cuando el aire choque contra su cuerpo,
correrá por túneles hasta su boca.
Entre sus labios saldrán carcajadas
y alaridos de dolor
Será su voz para todo el planeta,
fuerte como la suma de todos los truenos.

Nada pudieron ni la fuerza ni los cálculos.
Antes de nacer murió la obra.
Cedió la montaña sobre sus túneles.
No hubo primera palabra.
Su único aliento fue de polvo y piedra.
Los huesos de los esclavos,
entre cascotes,
pueblan sus entrañas.

Volvió para siempre el silencio.

Nació para ser eterna
la Mujer Muerta.

Lágrimas de nube

Detrás de esa nube rosa
se ahogan las lágrimas,
olvidadas por las estrellas
de trapo y nácar,
esquivadas por los barcos
de vela y agua.

Si vieras qué de colores
destilan las lágrimas.

Algunas son como verdes
y se cruzan con la solana
cuando atardece y sangra.

Otras se ponen negras,
como de odio,
y cuando no miras
se escapan y te matan.

También las hay blancas.
Van alegres,
no se ahogan,
bailan al paso de las barcas
y se ponen a las sombras
volviéndose nada y plata.

¡Qué pena!
Detrás de las nubes
ya no está tu cara,
sólo quedan lágrimas.

En blanco

La pared era banca.
De ladrillos rojos
pintados de blanco.

La pared era blanca.
Y de pronto se rompe
en vacío de blanco:
los árboles verdes,
el azul del cielo,
el gris de las nubes.
La tierra era roja.
Era blanca.
Y de pronto...
El estallar de vida,
el latir de sangre,
el soñar de los ojos,
la palabra en los labios,
el brotar en los pámpanos,
el volar de los pájaros.

La pared era blanca.
Todo era blanco.
Desde siempre blanco.
La noche se pone oscura.
El negro se pinta
sobre el quicio blanco.
Cerrado está el borde
de la puerta blanca.

En la noche negra,
todo sigue blanco.
Para siempre negro,
cosido con blanco.

Por la noche

Cuando ya nadie puede mancharnos
de miedos, odios y tristezas,
arrastro mis manos en caricia
por los setos.
Los quiero vivos, limpios y abiertos
al bautizo de la Luna y de los sueños.

Algunas noches, entre sus hojas,
choco la mano de un muerto.
Salgo corriendo de miedo
y no paro hasta que me creo lejos,
hasta que sueño que he estrechado
esa mano sin cuerpo,
que la he apretado con vida,
que la he dicho sonriendo:
"Qué tal va,
mi buen muerto,
qué tal va esa vida".

Cuando ya no hay almas por la calle,
abro mis dedos entre el aire y espero.
Con los ojos ciegos,
en la noche negra,
quiero ver el sueño
de rozar tu cuerpo.

Todas las noches
de esta vida muerta,
cuando hay Luna
voy con ella,
cuando no,
con mi camisa.

Paseo por la Alameda

Sombras de Antonio Machado
juegan al escondite
enterrándose.

Los árboles estan solos,
sin hojas,
sin sombras.

Las ramas secas viven su sueño,
en botellas de anís escarchado.

El río está quieto.

No se mueve el agua.

Esqueletos de pato anidan las orillas,
cuidan su puesta de huevos hueros.

No hay remolinos
qué puedan cortar
las raspas de los peces.

El suelo son grietas
qué se arropan
con agujas de pino secas.

No puede el alma con el cuerpo.

Dejo caer mi peso
en un banco de losa fría.

Su tacto hiela los dedos.

Bajo el polvo que lo amortaja,
se adivinan letras y fechas.

Una vieja,
qué desnuda su cuerpo con harapos,
se sienta a mi lado.

"Mala tarde tengas

?me dice?

la gente me llama Muerte"

La sonrío.

Me levanto.

Vuelvo al camino.

Puntos dorados nacen
rompiendo el suelo.
Parecen cálidos cálices.
Parecen ojos de insecto.
Parecen reconocirme.
Parecen olvidos,
sembrados con recuerdos.

Una angustia me hiere el corazón.
Por su herida supura
todo el vacío que me llenaba el pecho.

Entre hielo marrón
nace hierva verde.
Unas flores de cabeza amarilla,
con el tallo largo,
salen disparadas hacia el cielo.
El recuerdo de tus ojos
se trenza con el sol,
todo lo acaricia,
todo lo calienta.

Ya te respiro
Ya me lates
por la sangre.
Ya no muero,
con la tarde.
Ya te vivo.

TIEMPO NEGRO - I

Dónde vas ahora.

La noche está oscura.

No salgas.

Ven.

Mira.

Todo lo tapa el sólido negro
que ninguna luz taladra.

Escucha.

Es el granizo rompiendo
cristales y tejas.

Cuando llegaste
te abrí las puertas de mi casa
y los brazos de mi alma.

Juntos pintamos las paredes.
Donde sólo había muros
abrimos ventanas.

Contigo,
era nuestra casa.

Se iluminaba
de rosa por la mañana,
de rojo por la tarde.

Conseguimos
calor en invierno,
frescor en verano.

Por favor,
No te vayas.

Mira.

No te engaño.

Ríos de podredumbre
corren las aceras.

De la tierra,

nacen flores de hielo,
que cortan manos y piernas.
Escucha.

Todo es silencio.
Todo se calla,
caído en la calle.

Por favor.
No me dejes.
No te vayas.
Que si no estás
ni la muerte
me acompaña.

Ya para nadie

Tenías el alma grande,
como grande el cielo.
Tú risa era catarata de alegría
que hacía palmas
con las partículas del aire.
Sonaba como revuelo de ángeles
jugando a las canicas
sobre los cristales.
Con tus dedos
sacabas mariposas
de los gusanos que viven
en las cuerdas de la guitarra.
Nacías flores de tinta
de los papeles que entintabas.
Detrás de tus gafas
había un niño
hermanado a las estrellas,
un ser marino pisando tierra.

Eras el Mago de Copas
uniendo la tarde a la noche,
el amanecer a la comida,
un día a otro día.

Una riada de alcohol
nos arrastró a cada uno
por un acantilado,
al mismo mar
o alguno parecido:
mar sin vientos,
mar sin olas,
mar sin peces,
mar sin playas,

mar ensordecido
por cantos de sirena
con sordina.

Se nos rompieron las alas
contra los hielos de las copas,
sangraban tinta de flores las botellas.

Entre resacas y olvidos
te llegó la muerte,
a mí me pilló en otra orilla
y a tí, ahí mismo.

Te fuiste al otro mundo sin tabaco
y yo me quedé con el pésame
guardado en un bolsillo,
porque padres y demás familia,
ya no había.

LA BALA

Qué duro cuando las palabras
parecen balas,
cuando suenan como disparos,
cuando al tocar la carne
hacen fuentes de sangre.

Qué duro cuando la poesía
lleva puesta la muerte,
cuando de los versos
saltan palabras
que nos matan media alma.

ENTRE PLIEGUES

Todas las noches de mi vida
he andado en peregrinaje
entre pliegues y fallas.
Siempre esquivando,
con engaños y fortuna,
a las fuerzas tectónicas
que destrozan los sueños
y nos matan.

No lo hago por deporte.
Tengo la urgencia
de volver a construirme
un día tras otro día,
con escombros y derribos,
usados y desechados.

Andaba seleccionando
piezas para el alma
entre los despojos
de perros, hombres y ranas.
Cuando de pronto lo noté.
La presencia del acero
que saja y saca.

Volví al vacío del todo.
A la nada en las palabras.

?Me quedo con la pieza que me falta.
Desángrate, si puedes.
A la muerte se va mejor sin nada.

Treinta de febrero (30/02)

Sé que estás en esta fecha.
Que estos dígitos se trenzan
para hacer verja que te proteja,
que las sombras de los barrotes
se hacen hierros
que nos separan.

No recuerdo si tus besos,
me apretaban como cadenas,
o me dolían como un nacer de alas
por la espalda.

Tampoco tengo claro,
si la sombra de tus caricias
era oscuridad de celda
o luz sobre la montaña
que me aplastaba
los dedos de las manos.

Sé que el resplandor que reflejaban
tus guarismos contra el cielo,
te traducían por la mañana,
al medio día te explicaban,
y de noche te amanecían el alba,
si la Luna te negaba.

También sé que no había cábala,
ni alquimia,
ni conjuro,
ni magia,
ni piedra de toque
que rompiera la luz negra
que te negaba.

No recuerdo si los días
se volvieron tumbas,
y las hojas del calendario
tu mortaja.

Sólo sé que no eres
en las demás fechas,
que sólo estás en los treinta
de febrero.
Que para el resto del año,
no te has quedado
ni en una micra de segundo,
ni en una pizca de rato,
ni en un suspiro del aire,
ni en un claro-oscuro
entre el polvo,
al contraluz de tu sombra.

Lo único que tengo
de tu recuerdo
es la ausencia,
que nunca rompe
contra mi nada.